

primeros defensores de vuestro nombre y de vuestra gloria. Vuestro enojo no le ha herido en medio de las ruinas de su augusta familia; dejadnos, ¡ gran Dios! gozar de vuestro beneficio que tan caro nos cuesta; que este dichoso resto de tantas personas augustas que hemos visto morir casi al mismo tiempo, repare nuestras pérdidas y enjague nuestras lágrimas; colmadle á él solo con todas las gracias que habíais reservado en vuestros tesoros eternos á tantos príncipes que debían reinar en su lugar, y á quienes correspondía la corona; reunid todo cuanto hubiérais distribuido entre los otros, y que recaigan sobre su reinado todas las bendiciones y todas las felicidades que nos prometíamos en los de los príncipes de que nos ha privado una muerte temprana, y á los que en el mundo no habeis, sin duda, negado una corona que les estaba destinada por su nacimiento, sino para prepararles una eterna en el cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE PASCUA.

Sobre el triunfo de la Religión.

Expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.

Habiendo Jesucristo desarmado los príncipes y los potentados los condujo facilísimamente en triunfo á vista de todo el mundo, despues de haberlos vencido en si mismo. (Col. II, 15.)

SEÑOR,

Los vanos triunfos de los conquistadores solo eran un espectáculo de orgullo, de lágrimas, de desesperacion y de muerte, porque eran las pasiones humanas las que triunfaban tristemente y no dejaban en pos de sí sino las fúnebres señales de la ambicion de los

vencedores y de la esclavitud de los vencidos.

El triunfo de Jesucristo lo es hoy de paz, de libertad y de gloria para las naciones mismas que conquista.

Triunfa de sus enemigos, pero es para libertarlos y asociarlos á su poder, triunfa del pecado, pero borrando y clavando en la cruz el decreto fatal de nuestra condenacion, nos comunica una fuente de santidad y de gracia; triunfa de la muerte, pero asi nos asegura la inmortalidad.

La gloria de la religion es tal, que solo presenta por de pronto el oprobio y los sufrimientos de la cruz; pero que es por sí un triunfo glorioso y el mayor espectáculo que el hombre pueda dar al mundo. En él nada es mas grande que la virtud, porque toda otra clase de gloria, se debe al acaso, á la adulacion ó al engaño público; siendo asi que la que proviene de la virtud solo se debe á Dios y á sí mismo. Se les pinta como vergonzosa á los príncipes y á los potentados, y sin embargo ella sola puede hacerlos grandes, únicamente con la

virtud pueden triunfar de sus enemigos, de sus pasiones y de la misma muerte.

Manifestemos estas verdades tan honrosas para la fe, y consagremos á la gloria de la religion la instruccion de este último dia que lo es grande para el triunfo de Jesucristo.

PRIMERA PARTE.

Señor, la gloria de los príncipes y de los grandes tiene que temer en el mundo los escollos, la malignidad de los envidiosos ó la inconstancia de la fortuna que la oscurecen, las pasiones que la deshonan, y en fin la muerte misma que la sepulta y convierte en censuras las vanas adulaciones que la habian elevado. Solo la religion los liberta de estos escollos inevitables en que viene á estrellarse ordinariamente toda la gloria humana; porque aquella los eleva sobre los acontecimientos y la envidia, les sujeta sus pasiones y en fin les asegura despues de su muerte la gloria que la malignidad les habia quizá negado durante su vida. Tal es hoy el triunfo

de Jesucristo, y este modelo glorioso proponemos á los grandes de la tierra.

Toda la gloria de su santidad y de sus milagros no habia podido libertarle de los tiros de la envidia; y parecia que su inocencia habia sucumbido bajo las potestades de las tinieblas que la oprimieron. Pero su resurreccion ata á su carro de triunfo á los principados y á estas potestades; su gloria sale triunfante del seno de su oprobio; su cruz se convierte en el estandarte de su victoria, y el mundo entero le adora, cuando solo la Judea le habia reprobado.

Si, hermanos míos, cualquiera que sea la gloria de los grandes en el mundo, siempre tiene que temer, en primer lugar, la malignidad de la envidia que trata de oscurecerla. Esta verdad no necesita probarse, particularmente en la corte, porque ¿cual es la vida por buena que sea que esté exenta de manchas? Donde están las victorias que no tengan alguna parte poco gloriosa para el vencedor? Cuales son los sucesos que al paso que unos los consideran como hijos del talento y de la sabiduría,

otros los atribuyen á la casualidad y á la buena suerte? Cuales son las acciones heroicas que no se degradan buscando en ellas motivos bajos y rastroso? En una palabra ¿donde están los héroes que la malignidad y quizá la verdad no reduzca simplemente á hombres vulgares?

Mientras no tengais sino la gloria á que aspira el mundo, esta os la disputará; pero añadid á ella la de la virtud, y aunque el mundo la teme y la huye, sin embargo la respeta.

Un príncipe temeroso de Dios y que gobierna sabiamente sus pueblos, nada tiene que temer de los hombres, porque si su gloria por sí sola hubiera podido hacerle envidiosos, su piedad la hará respetable; si sus empresas hubieran hallado censores, su piedad será la apología de su conducta; si su prosperidad hubiera excitado la envidia ó la desconfianza de sus vecinos, será por su piedad el árbitro de ellos; nunca sus pasos serán sospechosos, porque la justicia los anunciará siempre; nadie tomará precauciones contra su ambicion,

porque será siempre conforme á sus derechos; no atraerá sobre sus estados las calamidades de la guerra, porque considerará como un crimen el hacerla sin motivo á los extranjeros; reconciliará los pueblos y los reyes, y no querrá dividirlos para debilitarlos, y para engrandecerse á costa de sus discordias y su flaqueza; la fortaleza mas segura de su imperio será la moderacion, y no tendrá necesidad de centinelas á la puerta de su palacio, porque los corazones de sus súbditos se agruparán en torno de su trono y brillarán al lado suyo en lugar de bayonetas; su autoridad le será inútil para hacerse obedecer; porque las órdenes que se cumplen con mas seguridad son las ejecutadas por el amor; la sumision y obediencia serán gustosas y exentas de quejas, porque no habrá violencia; y cuando todo su poder apenas le habria hecho dueño de sus pueblos, será, por la virtud, el árbitro hasta de los soberanos. Asi era, Señor, uno de vuestros mas santos predecesores, á quien la iglesia da culto público á quien mira

como protector de vuestra monarquía. Los reyes sus vecinos no envidiaban su poder, sino que recurrian á su sabiduría, poniendo en sus manos sus discordias y sus intereses, de manera que sin ser su vencedor, era su juez y su árbitro; dándole su virtud, por sí sola, un imperio en toda la Europa, harto mas seguro y mas glorioso que el que hubieran podido darle sus victorias. El poder solo nos da súbditos y esclavos; y solo la virtud nos hace dueños de los corazones de los hombres.

Pero si la virtud nos pone al abrigo de los tiros de la envidia, tambien nos hace superiores á los acontecimientos. Si, Señor, las mayores prosperidades del mundo estan sujetas á mil vicisitudes; porque Dios que no quiere que muchos corazones se aficionen sino á lo que constituye nuestro tesoro y nuestra felicidad, hace algunas veces del mayor grado de elevacion á que hemos subido, el primer escalon de nuestra decadencia, pues cuando la gloria de los hombres ha subido á su mayor esplendor atrae, por decirlo asi, á sí misma

las nieblas, no siendo la historia de los estados y de los imperios sino la de la fragilidad y de la inconstancia de las cosas humanas, en que los buenos y malos sucesos parece que se reparten entre sí la duracion de los años y de los siglos, y acabamos de ver, que el reinado mas largo y mas glorioso de la monarquía ha terminado con reveses y desgracias.

Pero sobre las ruinas de la gloria humana supo levantar vuestro piadoso bisabuelo otra mas sólida y mas inmortal. Todo parecia disolverse y eclipsarse á su lado; pero entonces fué quando le vimos claramente mas grande por la simplicidad de su fe y por la constancia de su piedad, que por el esplendor de sus conquistas; su prosperidad nos habia ocultado su verdadera gloria; hasta entonces solo habíamos visto su felicidad, mas luego vimos sus virtudes; era preciso que sus desgracias igualasen su ventura, que viese morir en su casa todos los príncipes apoyos de su trono; que vuestra vida misma estuviese en peligro siendo tan cara á la nacion, y única

prenda de las misericordias que Dios tiene todavía para sus pueblos; era preciso que quedase solo con su virtud para parecer todo lo que era; y si sus inauditos triunfos le habian valido el titulo de grande, sus sentimientos heróicos y cristianos en la adversidad le han asegurado para todas las edades futuras el nombre y el mérito.

Solo la religion, hermanos míos, puede hacernos superiores á los acontecimientos; porque los demas motivos nos dejan en poder de nuestra flaqueza; la razon de la filosofía que prometia la constancia á su sabio, y no se la daba; la firmeza del orgullo no era sino el último recurso del desaliento, y en vano se buscaba consuelo aparentando que se despreciaban los males que no se podian vencer. Quando el corazon está herido, no puede hallar remedio sino dentro de sí mismo, y solo la religion puede dárselo. Los vanos preceptos de la filosofía nos predicaban una ridícula insensibilidad, como si hubieran podido extinguir los sentimientos naturales sin acabar con la misma naturaleza. La

fe no nos hace insensibles, pero sí sumisos; y entonces la sensibilidad misma forma todo el mérito de nuestra sumision; y así nuestra santa filosofía no es insensible á las penas, sino superior al dolor. Seria quitar á los hombres la gloria de la entereza en los sufrimientos; y la sabiduría pagana queria hacerlos insensibles, porque no podia darles sumision y paciencia; enseñaba al orgullo á ocultar su sensibilidad y su flaqueza y no á vencerlas; de manera que hacia héroes de teatro, cuyos sentimientos grandiosos solo eran para los espectadores, y aspiraba mas bien á la gloria de parecer constante, que á la virtud misma de la constancia. Pero la fe nos deja todo el mérito de la firmeza, y no quiere ni aun el que los hombres se la atribuyan. Sacrifica á solo Dios los sentimientos de la naturaleza, y no quiere otro testigo de su sacrificio que el que puede remunerarle; y así solo ella hace valederas todas las demas virtudes, porque destierra de ellas el orgullo que las corrompe ó que las convierte en fantasmas.

Así, por mas que se pondere la eleva-

cion y la superioridad de vuestros conocimientos é instruccion, y que una gran sabiduría os haga considerar como el ornato y prodigio de vuestro siglo, si esta gloria solo es exterior, y si su primera basa no es la religion, única cosa que eleva los corazones, el primer contratiempo de la adversidad derribará todo este edificio de filosofía y de falso saber, todos estos apoyos mundanos se hundirán entre vuestras manos, de nada servirán á vuestras desgracias; se buscarán vuestras grandes calidades en vuestro abatimiento, y vuestra gloria será únicamente un peso de mas á vuestra afliccion que os la hará mas insoporable. El mundo se gloria de hacer felices, pero solo la religion puede hacernos grandes en medio de nuestras mismas desgracias.

SEGUNDA PARTE.

El primer triunfo de Jesucristo es el que consigue de la malignidad de la envidia y de todos los oprobios que le habia causado por parte de sus enemi-

gos; pero triunfa del pecado, llevando cautivo á este primer autor del cautiverio de todos los hombres, restableciéndolos en todos los derechos gloriosos que habian perdido, y volviéndoles por medio de su desgracia la superioridad sobre las pasiones, de la que carecian por la pérdida de la inocencia.

La segunda ventaja de la religion es la de la elevacion sobre nuestras pasiones, que es el mas alto grado de gloria á que el hombre puede llegar en este mundo. Si, hermanos míos, el mundo insulta inútilmente todos los dias á la piedad con sarcasmos insensatos; en vano, para ocultar lo vergonzoso de las pasiones, hace que el hombre de bien, casi se avergüenze de la virtud; en vano la pinta, particularmente á los grandes, como una flaqueza y como el escollo de su gloria; inútilmente autoriza sus pasiones con los grandes ejemplos de sus predecesores, y por la historia de los soberanos que han unido la licencia de costumbres con un reinado glorioso y con el esplendor de victorias y conquistas; porque sus vicios que han llegado

hasta nuestro tiempo y que se han recordado de edad en edad formarán hasta el fin de los siglos las señales vergonzosas que borran el brillo de sus grandes acciones y deshounra su historia.

Y aun quanto mas elevados estan, tanto mas los degrada el desarreglo de sus costumbres; y su *ignominia* dice el Espíritu santo, *crece en proporcion de su gloria* (Marc. 1. 1. 42). Ademas que estando colocados por su clase sobre nosotros, ella pone sus vicios y sus personas á la vista del público; ¿ que oprobio, el que aquellos mismos que estan establecidos para servir de regla á las pasiones de la muchedumbre, sean el juguete vil de sus propias pasiones, y que la fuerza, la autoridad y el pudor de las leyes se hayan confiado á los que no conocen la ley, y si solo el menosprecio público y su propia debilidad? Ellos deberian arreglar las costumbres públicas y las corrompen: Dios los habia dado á los hombres para que fuesen los protectores de la virtud, y son el apoyo y modelo de los vicios.

Toda la gloria humana no podria bor-

rar jamas el oprobio que les causa el desarreglo de las costumbres y el acaloramiento de las pasiones; porque las victorias mas brillantes no pueden ocultar lo vergonzoso de sus vicios, y asi se alaban sus acciones y se desprecian sus personas, y en todos tiempos se ha visto la reputacion mas honrosa estrellarse en las costumbres de los héroes, y sus laureles se han marchitado por sus flaquezas. El mundo que al parecer no hace caso de la virtud, no estima, sin embargo, ni respeta sino á ella, levanta soberbios monumentos á las grandes acciones de los conquistadores; hace resonar por todas partes sus elogios; una poesia pomposa los canta é inmortaliza; cada Aquiles tiene su Homero; la elocuencia se agota para ensalzarlos; á la vanidad y al lujo se conoce el aparato de los elogios; pero la admiracion secreta y las alabanzas reales y sinceras, solo se atribuyen á la vanidad y á la virtud.

Efectivamente, la fortuna ó la temeridad han podido hacer héroes, pero solo la virtud puede formar grandes

hombres. Harto menos cuesta ganar victorias que vencerse á sí mismo; y mucho mas fácil conquistar provincias y sujetar pueblos que domar una pasion, sobre lo cual ha estado de acuerdo aun la moral de los paganos. Las batallas en que sobresalen la firmeza, lo grande del valor y la ciencia militar, son acciones raras que pueden contar con facilidad en el curso de una larga vida; y cuando basta ser grande en ciertos momentos, la naturaleza reúne todas las fuerzas; y el orgullo puede por un corto tiempo suplir la falta de virtud. Pero los combates de la fe lo son de todos los dias, porque hay que acometer á enemigos que renacen despues de derrotados; y si los dejais un instante, pereceis; de modo que la victoria misma tiene sus peligros y el orgullo lejos de ayudaros, se convierte en el enemigo mas peligroso que teneis que combatir, de tal manera que cuanto os rodea suministra armas contra vosotros; porque hasta vuestro corazon os tiene redes y os veis precisados á volver continuamente al combate. En una palabra, puede uno alguna vez